

Trabajos manuales

Mi amigo es flojo; andaluz, y con seguridad descendiente de "aquella gente que a mi tierra vinieron", cualquier lugar de la tierra es para él un lugar de descanso. Si ese cualquier lugar resulta ser la playa, la montaña o el campo, el asunto es más grave: ya no es un lugar de descanso: es uno en que, a su juicio, caminar, o, simplemente, moverse, es la mayor herejía que un ser humano puede cometer.

Mi amigo, sin embargo, hizo de punta a cabo toda la guerra civil española. ¿Cómo es posible -- dirán ustedes -- que un/aparentemente tan poco aficionado al peripato haya hecho una guerra que parece haber sido peleada, por los republicanos, en alpargatas y a la carrera? Muy fácil: la hizo en automóvil y las veces que se bajó ~~de él~~ ^{ser} fué para ingresar por dos o tres meses a un hospital. En cierta ocasión, al oír el zumbido de una granada fascista que se aproximaba, ^{Compañeros} corrieron unos pasos, pero él, enemigo de las carreritas, se arrojó al suelo: la granada casi le llevó los riñones.

Sucesión Manuel Rojas ©

Pero no le hable usted de hacer una cajita, una mesa, una silla, un estante; esté donde esté, en la playa, en la montaña o en el campo, mi amigo se transforma en una fiera de los trabajos manuales; nada hay que lo detenga; sean cuales sean las herramientas de que disponga, serruchos con menos dientes que un piorreico, clavos más chuecos que la conciencia de un gauleiter, formones más mellados que la unidad de la Izquierda, madera nudosa o martillo de mango suelto, terminará el trabajo, así tenga que estar sobre él cinco, diez o veinte horas, ¡Dale ahí, hasta que te mueras!

Aquella vez se trataba de hacer una cajita de más o menos treinta por veinte, con departamentos interiores: empezó a las ocho de la mañana y terminó a las cinco de la tarde, luego de transpirar, romperse los dedos, invocar a los santos más desconocidos del calendario y realizar otras demostraciones más dignas de un derviche danzante que de un carpintero. Las ta-

blas, muy delgadas, se partían; los clavos, de cobre, se doblaban; el cepillo, sin filo, no cepillaba; el martillo, mocho, no golpeaba derechamente. Sin embargo, entregó la cajita.

La entregó y luego se estuvo dos días sentado, sin hacer otros movimientos que los necesarios para llevarse algo a la boca: el cigarrillo o la comida. Todo hombre tiene su pasión, una pasión que en la mayor parte de los casos es absolutamente incompatible con su conducta ordinaria. Esta conducta es a veces lo artificial; lo natural es la pasión, aunque, sin duda, en el caso de mi amigo, muchos consideren que lo natural es la conducta. No nos metamos en enredos filosóficos.

~~Manuel Rojas~~

1944

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©